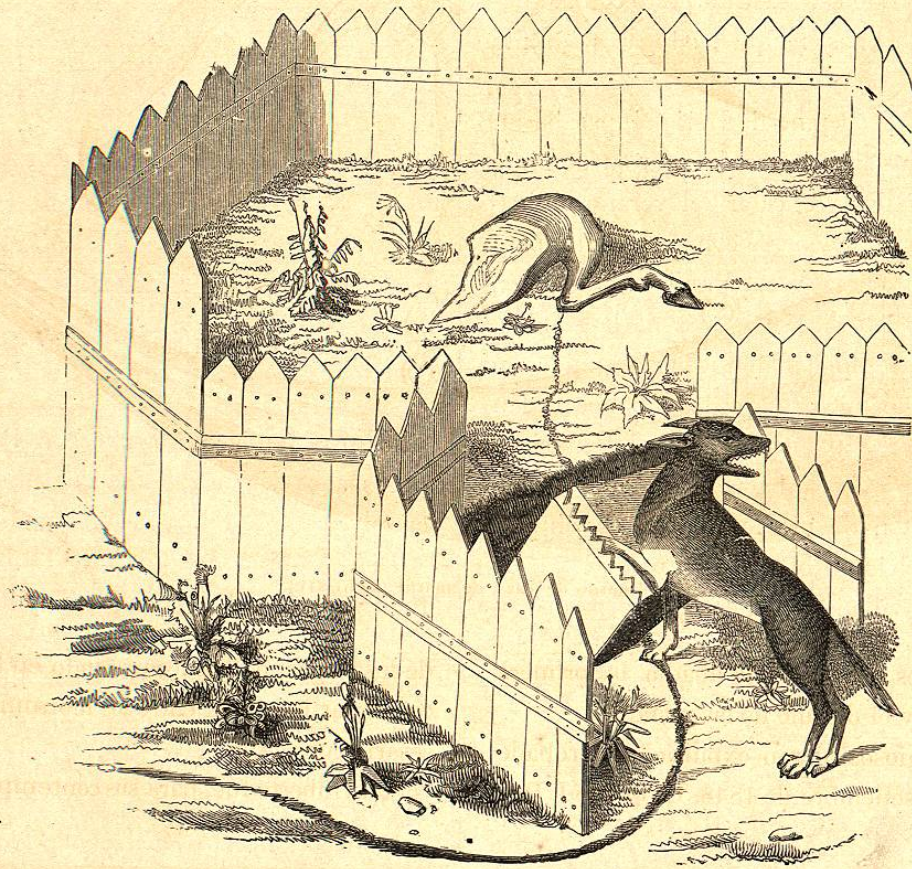


ta anual á la iglesia. Las compañías de arqueros tomaron aquel santo por patrón.

El monasterio prosperó hasta 1096, época en la cual el Príncipe Obispo de Lieja, Alberto de Brandebourg, persiguió á los religiosos, arrebatándoles todos los objetos religiosos y ricos presentes que habían hecho á la iglesia Luis Le Debonnaire y otros grandes señores. En 1415 tomaron mejor sesgo los asuntos de la Comuni-

dad; en 1422 el Jefe de la Orden se llamó primero *rey*, después *gran venador*, y dos siglos más tarde *gran maestro*. En 1444, Gérard, Duque de Cléves y de Guedre, en memoria de la victoria que alcanzó el día de San Huberto sobre la casa de Egmont, instituyó la orden militar de San Huberto.

Las insignias de la Orden consistían en un collar de oro, adornado con los atributos de los cazadores, tenien-



Artificio para cazar lobos (miniatura del libro Phebus; siglo XIV)

do suspendida una cruz de oro adornada de diamantes, en medio de la cual se veía la imagen del Santo prosternada delante de la cruz que entre sus astas llevaba el legendario ciervo. En los días solemnes, los caballeros iban vestidos de negro á la española. Más tarde, en lugar del collar, llevaron en los vestidos de diario una cinta roja, de cuyo extremo pendía la cruz.

Cuando se recibía un caballero, el abad de San Huberto iba junto al gran maestro de la Orden, título al cual iba anexo el de primer par del ducado de Bouillón.

Para ingresar en la Orden era forzoso ser católico romano, de buenas costumbres, y tener, al menos, cuatro cuarteles en sus escudos. Las señoras de la alta nobleza también podían entrar en la Orden.

Los reyes Luis XIV, Luis XV y Luis XVI fueron

grandes maestros. El capítulo de la Orden tenía, en el archivo de la iglesia, un volumen en cuarto, conteniendo el registro de los nombramientos de las grandes cruces, comendadores, caballeros y oficiales de armas.

Los Reyes de Francia recibían todos los años, en la época de la celebración de San Huberto, de los abades de Audage, seis perros de carrera y seis halcones como testimonio de vasallaje.

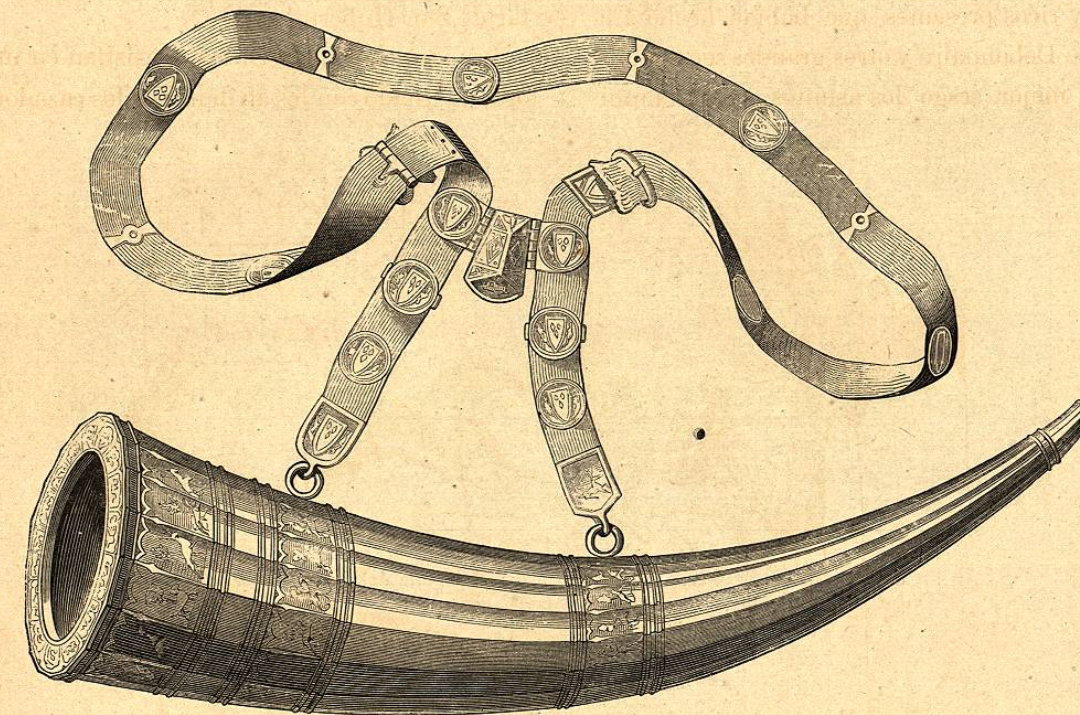
Dos cazadores, portadores de un pliego sellado con las armas de la abadía, se dirigían á la residencia del Rey; y éste, en cambio del presente hecho por los monjes, les entregaba una bolsa conteniendo 300 libras tornesas, y la autorización de pedir en toda Francia, para sostener el hospital donde se recibía á los desdichados atacados de hidrofobia.

Estas costumbres duraron en Francia hasta el año 1790, y Luis XVI fué el último Rey que recibió á los emisarios del convento de Ardenes.

Barras, bajo el Directorio, quiso celebrar el San Hü-

berto; pero, como en aquella época todo lo santo no gozaba de prestigio, se leía en las invitaciones: *Fiesta de Diana*.

Todos los que cazaban en el bosque de Ardenes



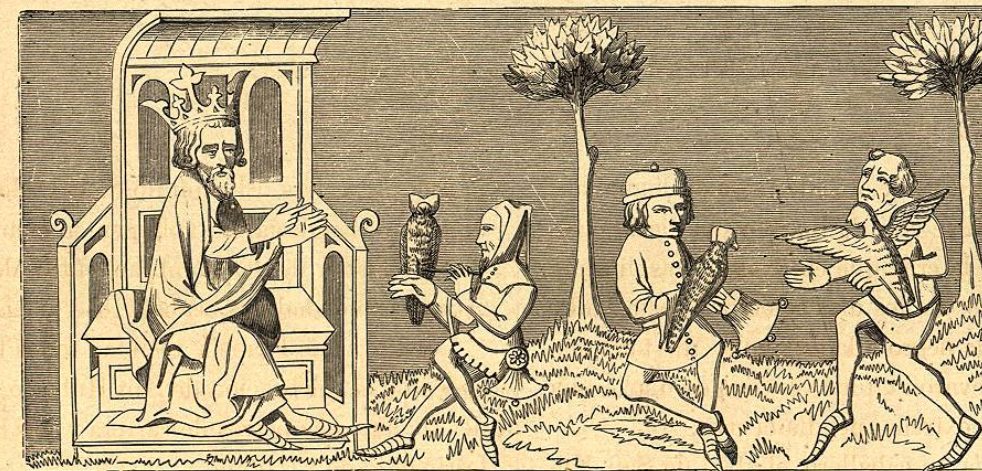
Cuerno de caza de marfil (siglo XIV)

debían entregar á los monjes de la abadía la primera pieza que mataban y el diezmo de las restantes.

En 1793, los religiosos fueron expulsados, y robado su tesoro. En 17 de setiembre de 1848, Leopoldo I. Rey

de los belgas, hallándose cazando en los Ardenes, hizo consignar la iglesia entre los monumentos que era necesario conservar.

San Huberto fué, para sus contemporáneos fuente in-



El rey Modus enseñando el arte de la halconería (del Libro del rey Modus; siglo XIV)

agotable de leyendas y de narraciones maravillosas. La pintura y los poemas han consagrado la famosa visión.

Hoy día en Bélgica se conduce á los perros á San Huberto para preservarles de la rabia.

El día 3 de noviembre, día de tan ilustre patrón, se

celebra una misa en honor del Santo, á la cual concurren un buen número de cazadores.

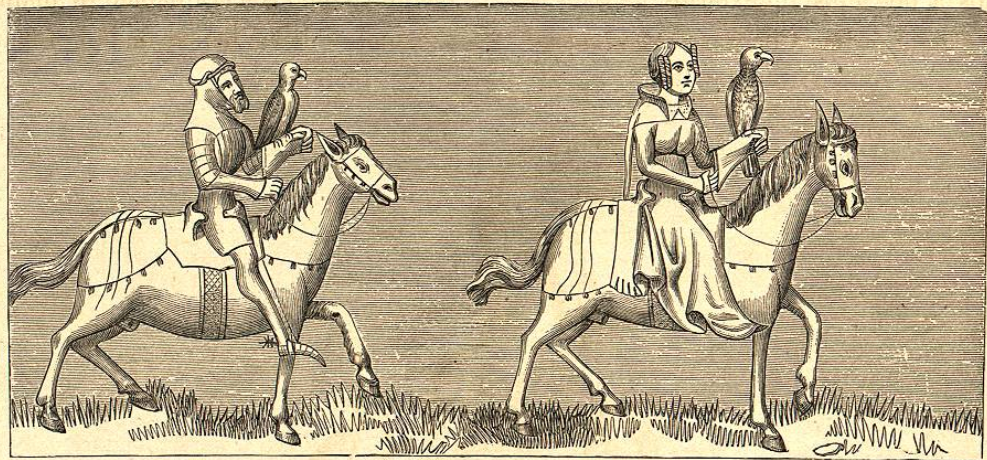
En 1874, recuerdo haber visto acudir á la abadía gran número de gentes venidas de Namur, de Lieja y de Luxemburgo.



Las jaurías del Conde de Cunchy y del Barón de Hoogworst ladraban con grande estrépito bajo los pórticos de la iglesia abacial.

A una señal de las campanas, amazonas, cazadores, criados de las jaurías, picadores, lacayos, caballos y

perros, se hallaban reunidos bajo su inmensa nave. Era, en verdad, un espectáculo á la vez imponente y magnífico el momento de la elevación: los perros gruñían ó ladraban, los caballos dejaban oír relinchos, mientras que las trompas hacían vibrar los vidrios de

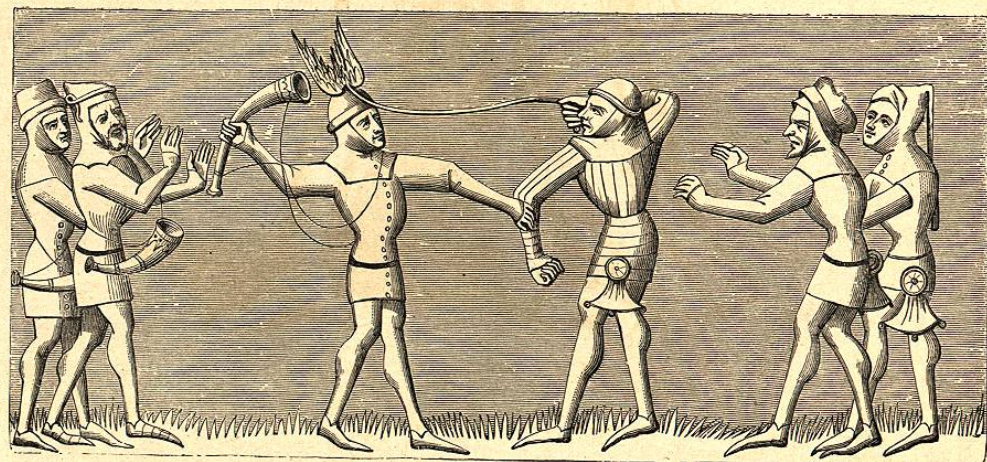


Partida de una dama para la caza en la edad media (miniatura del *Libro del rey Modus*)

los viejos ventanales. Acabada la misa, el celebrante daba solemne bendición á aquella extraña y heterogénea concurrencia.

En algunos castillos de Francia se celebra aún el 3 de noviembre con gran solemnidad. Al amanecer, la

fanfarria de San Huberto, tocada por los picadores con todo su aliento, es repercutida alegremente por los ecos. Los criados de las jaurías, de gran uniforme, los cazadores y los perros, se dirigen hacia la capilla para oír la misa. La jauría, vigilada por los criados,



Criados halconeros (manuscrito del siglo XIV)

permanece bajo los pórticos y frente á las puertas de la iglesia, abiertas de par en par. Algunas veces el perro que goza el primer rango entra en el coro. Después de la misa, se distribuye el pan á la jauría, se toca la *Royales* y comienza la caza.

Charles Digue<sup>(1)</sup> dice: «Si no existen ya caballeros

(1) *La visión de Saint-Hubert*.—1884.

de la Orden, plugue al cielo que haya siempre verdaderos discípulos con esta divisa: «Por el camino recto y de la verdad;» y que griten ¡*Venandi studium cole!* ¡Viva San Huberto y la caza!»

#### IV

Páginas de oro se escribieron para la venatoria durante el reinado de Carlomagno, que introdujo en sus

cacerías el fastuoso esplendor de los emperadores de Oriente, organizando sus trenes con un lujo y una riqueza que han quedado como proverbiales en la historia.

Los servidores encargados de las jaurías y halcones y los demás oficiales, *bersarii*, *beverarii* y *veltrarii*, estaban subordinados á dos altos dignatarios de palacio, el Senescal y el Conde de las Cuadras (*comes stabuli*,

que más tarde se llamó *condestable*), y ellos dictaban las órdenes, según la estación, que eran necesarias á la buena administración y conservación de los trenes de caza. Los grandes oficiales marcaban el número de hombres, de perros y de caballos afectos inmediatamente al servicio de la caza real, y los que mediatamente y como reserva habían de mantener los pueblos y cantones dependientes de la Corona.



Noble provenzal (siglo XV)

Al acercarse el otoño trasladábase el Emperador á uno de sus magníficos cotos, y allí, rodeado de los príncipes y de los magnates de la Corte, cazaba venados en agosto, y jabalíes durante el resto de la estación. Estas grandes cacerías de otoño (*venationes autumnales*), organizadas como expediciones militares, constituían por sí mismas un espectáculo sorprendente y prodigioso. Ejércitos de ojeadores, y jaurías en que los perros se contaban por millares, obligaban á las reses á entrar en los recintos cercados por la tela, donde los

monteros, jinetes en hermosos caballos, las acometían armados de lanzas ó de venablos<sup>(1)</sup>.

Los reyes carolingios no recibían jamás de corte sin dar á seguida una cacería, á la que concurrían, como es consiguiente, los principales extranjeros y los embajadores que iban á negociar tratados ó á pactar alianzas.

(1) *HISTOIRE DE LA CHASSE EN FRANCE, par le baron Duno-*  
*yer*, T. I., cap. II.